

Bebida para señoritas

***Crónicas caribeñas
cargadas de ron, ron, ron...***

ARANTZA PRÁDANOS



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



ARANTZA PRÁDANOS ELIZALDE

BILBAO, 1964

Ha desarrollado una larga carrera en prensa, radio y televisión. Como corresponsal, reportera y enviada especial, ha cubierto conflictos y atentados en diversos lugares del mundo, dedicación que ha compartido en aguas no menos procelosas: el Congreso y el Senado como cronista parlamentaria durante largos años. Aunque las interioridades de la política y las instituciones han sido su habitual paisaje laboral, confiesa que le han dado más alegrías profesionales las ciencias del medioambiente y los viajes. En 2011, ganó el Premio TIFLOS de la ONCE en la modalidad de Prensa Escrita.

Tras la escritura de un buen número de reportajes, crónicas, artículos, discursos, notas de prensa y algún que otro cuento, publica ahora su primer relato de viajes por esas tierras americanas que siempre han estado en el foco de su pasión nómada.



Bebida para señoritas

Crónicas caribeñas
cargadas de ron, ron, ron...

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título de esta edición: *Bebida para señoritas. Crónicas caribeñas cargadas de ron, ron, ron...*

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones: mayo de 2021

© de esta edición: Festina Lente Ediciones SLU, 2021

C/ Mesón de Paredes, 73 | 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro

Coordinador editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras

© del texto: Arantza Prádanos, 2021

© del mapa: Helena Herranz las Heras, HHH

© de las fotografías del interior: Destilería de St. Nicholas Abbey, Arantza Prádanos, p. 20; Destilería J.M. Martinica, Arantza Prádanos, p. 98; Dominica, Arantza Prádanos, p. 152; Puerto Rico, Arantza Prádanos, p. 197; Zafra, San Pedro de Macorís, Arantza Prádanos, p. 254; La Habana, Jura Greyling, p. 320

© de la maquetación y el diseño gráfico:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Depósito Legal: M-10538-2021 | ISBN: 978-84-17594-76-3 | THEMA: WTL; 1KJ

Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.



El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ecológica para contribuir a una gestión sostenible de los bosques y las reservas de agua.

BEBIDA PARA SEÑORITAS

CRÓNICAS CARIBEÑAS
CARGADAS DE RON, RON, RON...

-

**ARANTZA
PRÁDANOS**

-

COLECCIÓN
FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS
Nº 19

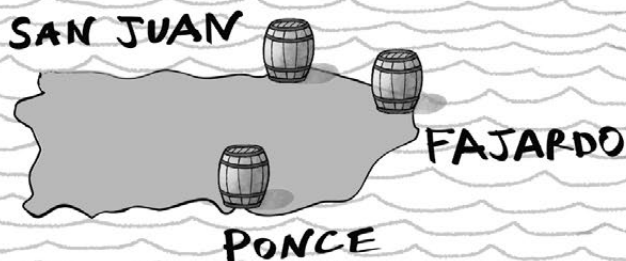
LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



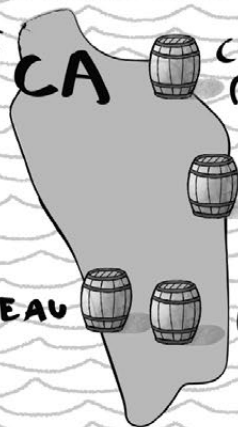
REPÚBLICA DOMINICANA



PUERTO RICO



DOMINICA



CARIBE TERRITORY
(KALINAGO BARANA AUTÉ)

CASTLE BRUCE

ROSEAU

P.N. MORNE TROIS PITONS

MARTINICA



MACOUBA

SAINTE-MARIE

SAINT-PIERRE

FORT-DE-FRANCE

BARBADOS



ST. NICHOLAS ABBEY

HOLETOWN

BATHSHEBA

BRIDGETOWN

OISTINS



ÍNDICE

Prólogo	(15)
Barbados. Ron, km cero	(21)
Martinica. Bajo el volcán	(99)
Dominica. La isla vertical	(153)
Puerto Rico. Entre dos mundos	(197)
República Dominicana. En la zafra	(255)
Cuba. La brigada ligera	(321)
Epílogo	(385)

A Andrés, que me consideró digna de su amigo

Lo que yo escribo aquí es verdad, hasta que pase por esa ruta otro y
reordene el mundo a su manera.

JOHN STEINBECK, *Viajes con Charley*

PRÓLOGO

Está bien, mejor confesarlo de entrada. Yo no bebo ron. Casi nunca. Prefiero el tequila, si quieren saberlo, aunque nunca creí que eso me incapacitara para lo que iba a hacer. Siguiendo esa lógica una no escribiría de nada con lo que no se haya intoxicado antes. Aun así, la elección generó cierto revuelo a mi alrededor. «¿Ron? ¿Cómo que ron? ¿Al Caribeeee? ¿Sola...? ¡Menuda ocurrencia! ¡Escribe sobre el vino, que tienes La Rioja aquí al lado...!». Fernando, mi marido, es de pocas palabras, pero su mirada resentida reveló lo que pensaba de mis planes de volar una temporadita dejándole, como en el tango, solo, fané y *descangashado*. Y usurpado. Él es quien colecciona, bebe, ama el ron y ha sido el inductor de esta historia, mal que le pese.

Había otras razones además. Después de tres décadas recorriendo Latinoamérica, la idea peregrina de visitar a salto de mata destilerías, haciendas, ingenios y centros de interpretación roneros me daba la oportunidad de cruzar de nuevo el charco y hacer algo provechoso durante una etapa de desempleo del que, tal y como está el periodismo, nadie iba a sacarme en breve. La elección del ron como muleta de este viaje parecía una buena idea. La caña azucarera, su explotación desde los primeros días de la historia colonial, ha conformado el paisaje físico y humano del Caribe insular más que ningún otro factor. Las islas del azúcar son hoy como son porque en su segundo viaje Colón llevó al Nuevo Mundo unos vástagos de *Saccharum officinarum* y el cultivo transfiguró aquellas tierras hasta límites inimaginables. Otros pueblos, otras razas sustituyeron a los habitantes originales. Hubo un vuelco ecológico y económico integral. Tabla rasa, las

Antillas se moldearon a la europea a medida que los calderos y alambiques rugían de norte a sur.

El tema ofrece un filón inagotable, como cualquiera que aúne guerras, esclavitud, comercio transoceánico y movimientos de independencia. Además, en una región de enorme complejidad, una suerte de Balcanes del trópico donde coexisten culturas y razas diferentes, se hablan más de una docena de lenguas y dialectos criollos, hay Estados independientes y semicolonias, entidades libres asociadas y regiones de ultramar, cursan un sinfín de monedas, se practican religiones y cultos de todo tipo, se conduce por la derecha y por la izquierda, donde hasta la geología distingue a unas islas de otras, el ron es uno de los pocos elementos comunes, aparte del mar y del sol que vienen de serie.

Porque, salvo por ese mar que le da nombre, el Caribe no existe como tal. No hay un ente común, ni físico, ni sociológico ni histórico o filosófico. Es una mera expresión geográfica, bastante difusa además. Por no haber, ni siquiera hay un consenso general sobre sus límites. Las Bahamas, por ejemplo, se vuelcan de lleno en el Atlántico. ¿Son o no son Caribe? La propia longitud y superficie del arco antillano está sujeta a controversia¹ según sea el criterio y la fuente que una consulte. Tampoco la catalogación de las islas es unánime; las Antillas Menores de Barlovento (*Windward*) y de Sotavento (*Leeward*) son unas para el ámbito anglosajón —los ingleses siempre a su aire— y otras para el resto del planeta. Existen muchos «Caribes» distintos: insular o continental, de influjo español, inglés, francés, holandés o estadounidense (que antes fue idanés!), y seguro que olvido alguno más. Pero cualesquiera que sean sus circunstancias geográficas o

1 Las estimaciones de longitud van de 3500 a 4700 kilómetros, mientras que su superficie total oscila entre los 235 700 km² y los 299 000 km².

sociológicas, pasadas o presentes, una cosa está clara: en todos y cada uno de ellos se elabora buen ron.

Por si eso no bastara, el ron es el hijo golfo de la caña, el balarrasa que alegró las noches de corsarios, balleneros y otros lobos de mar con viento en las velas. El alcohol matadiablo nacido de desechos como bebida para la chusma. El licor que se destiló con lágrimas negras y a cuyo calor se urdieron tantas conspiraciones. El que hoy hace los mejores cócteles y da en pantalla como nunca lo hará ese advenedizo que es el *whisky*. «¿Esto es un sueño?», pregunta Jack Sparrow (capitán Jack Sparrow) en *Piratas del Caribe. El cofre del hombre muerto*. «No —le contestan—. Lo suponía. Si lo fuera, habría ron».

Dicho todo ello, este no es un libro específico sobre el ron. Menos aún una guía turística. Son las crónicas vagabundas de un itinerario personal, por fuerza arbitrario. Yo elegí unas pocas islas y no otras sin más criterio que la propia curiosidad y, claro está, el tiempo y el presupuesto disponibles. Allí la proximidad es un criterio relativo. Factores como la afinidad histórica, cultural o los intercambios comerciales pesan más que la mera vecindad en las rutas de transporte y las conexiones interinsulares. No es tan fácil moverse por un territorio así si no se tiene un amigo piloto o dueño de un yate. Como no era el caso, viajé ligera de equipaje y con unas gotas de afán aventurero para salir de los caminos más trillados.

El resultado es esta mirada pequeña al ayer y el hoy de una región sacudida por la naturaleza y por la codicia humana. Que ha sido botín de guerra, objeto de trueque y laboratorio de modelos productivos, con la que los europeos mantenemos un nexo umbilical y varias deudas morales pendientes. El Caribe. Esa postal de aguas turquesas, de copas con sombrillitas de papel saboreadas debajo de un cocotero mientras el ocaso incendia

el horizonte. Yo lo había menospreciado durante años como simple balneario playero todo-incluido y se ha vengado robándome el cariño sin miramientos. Este es, sobre todo, un libro de feliz aprendizaje, al menos para mí. Espero que también para el lector.



85

NICHOLAS AIRE
CHATELAIN
ILLUSTRATION
SRAODI

ST. NICHOLAS
QUALITY & TRADITION

ST. NICHOLAS
QUALITY & TRADITION

ST. NICHOLAS AIRE
CHATELAIN

ST. NICHOLAS AIRE
CHATELAIN

ST. NICHOLAS AIRE
CHATELAIN

ST. NICHOLAS AIRE
CHATELAIN

ST. NICHOLAS AIRE
CHATELAIN

NO SMOKING

BARBADOS
RON, KM CERO



La maleta apareció dando tumbos en la cinta transportadora sin contratiempos. El despacho de cambio de moneda estaba cerrado, aunque todas las guías coincidían en que cualquier pago podía hacerse bien en *barbadian dollars* o en dólares del Tío Sam, a razón de dos a uno. Así que había llegado el momento. Por más viajada que esté una, por más canas que acumule, enfrentarse a los taxistas de cualquier aeropuerto supone todo un reto. Máxime en la primera visita a un país extraño. Máxime de noche. Máxime después de casi veinte horas de viaje y una tormenta tropical a mitad de trayecto. Hacen falta nervios de acero.

El problema era si quedaban taxis a esas horas en el Grantley Adams International Airport. La mayoría del pasaje del vuelo rezagado Miami-Bridgetown lo formaban grupos de turistas británicos con paquetes vacacionales y el transporte a sus respectivos hoteles incluido. El resto, *bajans* —gentilicio coloquial de los barbadenses— a los que esperaban familiares o amigos. Los descolgados éramos cuatro gatos, de poco interés como para que el gremio quisiera hacer horas extra.

Al traspasar la puerta de salida, me envolvió una ráfaga de aire húmedo y salobre. Incluso de madrugada se imponía el calor pegajoso del trópico. Las chicharras ofrecían un recital nocturno a toda potencia. Los últimos minibuses de los turoperadores se marchaban ya y allí estaba yo, intentando convencer a alguno de los tres únicos taxistas de que telefonara a la casa de huéspedes antes de bajar la bandera para comprobar que hubiera alguien esperándome. Dos de ellos me ignoraron y fueron a la caza de algún otro turista descarriado. El tercero se avino a hacer un simulacro desganado de llamada con su móvil. «No

answer», dijo, sin tiempo siquiera de oír la señal de línea, y salió pitando también. Ya me veía durmiendo al raso cuando apareció ella. Una figura maciza y oscura como la misma noche, toda energía, me arrancó de las manos el papelito con el número de teléfono. En menos de un minuto había comunicado a la casera que íbamos para allá y cargado el equipaje en su furgoneta. Se rio del vigilante que le recriminó la competencia desleal a los taxistas oficiales y creo que hasta le hizo una higa, pero, derrumbada en el asiento del copiloto, yo ya no prestaba mucha atención.

Mediado el camino arrancó la conversación clásica.

—¿Es su primera vez en Barbados? —preguntó la joven—. ¿Negocios?

—Vengo de vacaciones —contesté, sin ganas de dar muchas explicaciones.

Me miró perpleja.

—¿Sola?

Cuando le conté que mi marido trabajaba y no podía acompañarme, vi la expresión de incredulidad («Sí, claro, claro, su marido...») que luego se repetiría tantas veces a lo largo del viaje. Por alguna razón, mucha gente creía más factible que yo me inventara una pareja imaginaria que la opción voluntaria de viajar sola por esa parte del mundo.

—Tenga mi tarjeta. Llámeme si quiere ir a Mount Gay, a Saint Nicholas Abbey... Le haré un buen precio —dijo.

«Lana Butler. Shuttle Service. Tours, bodas, funerales, panorámicas, transporte escolar y aeroportuario. Servicio con una sonrisa», se leía en la cartulina. Si sus precios eran como los de esa noche (cuarenta dólares americanos, casi el doble de la tarifa oficial), me iba a desplumar en dos días. Una emprendedora en toda regla, qué duda cabe.

Había empezado a llover. A cubierto bajo el porche de la casa esperaba Anne Liese. Era la antítesis de la choferesa. De unos sesenta y tantos años, pequeñita y fibrosa, con un rotundo acento teutón. Iba descalza y tenía la piel curtida por el sol. Un arquetipo de tantos pensionistas alemanes que se refugian en países más alegres que el suyo para disfrutar de una jubilación dorada entre palmeras. Vivía en otro edificio cercano. No eran horas de charla, así que me entregó las llaves, señaló el baño y la cocina que compartiría con otros tres huéspedes. Mi habitación tenía dos camas con mosquitera, un ventilador y poca iluminación. Se me antojó algo tristonza, pero me desvestí y apagué la luz sin darle más vueltas, segura de que por la mañana lo vería todo mejor.

Cuando la idea de recorrer la zona me empezó a rondar la cabeza, dudé por dónde comenzar. En Barbados opera la casa ronera más antigua. Martinica acoge más destilerías por kilómetro cuadrado que ninguna otra isla. En la República Dominicana prendieron los primeros brotes de caña del Nuevo Mundo. Y Cuba, cuya sola mención se asocia al frescor de un mojito, o tantas otras islas. Todas y cada una reclaman para sí el título de destilar el mejor ron del mundo, faltaría más.

Podía ser cualquiera, así que pensé fiarlo al azar. Busqué en el atlas el mapa de la región, cerré los ojos y con el dedo trazando círculos en el aire señalé a voleo. Después de caer al mar tres veces, se impuso un criterio más racional, el precio del billete. Para mi sorpresa, la opción más ventajosa en aquel momento resultó ser Barbados, el epicentro histórico de la revolución del azúcar. Una isla diminuta con forma de pera donde a mediados del xvii encajaron todas las piezas: el cultivo intensivo de la caña, la mecanización del proceso y la esclavitud.

Allí se perfeccionó y desde allí se exportaría al resto de las Américas un modelo tenebroso, la plantación. Ya saben, amos, capataces y explotación de seres humanos a gran escala. Y fue allí también donde el ron empezó a escribir su historia.

Dentro de la región caribeña, Barbados es una isla singular. Primero, por su propia ubicación en el mapa. Es la más oriental de las Antillas Menores de Barlovento, las que reciben de cara el impacto de los vientos prevalentes del noreste. Está desgajada del arco principal que baja desde la península de Florida hacia la costa venezolana. Esa posición extramuros, además de una orografía sin relieves que destaquen contra el horizonte, retrasó su entrada en los anales de la región después de la llegada de los europeos. En plena fiebre exploradora, la isla permaneció fuera del radar hasta el primer tercio del xvi. No está claro si Colón llegó a avistarla en alguna ronda por la zona, aunque pasó cerca. Las vecinas Martinica, Dominica y Guadalupe sí fueron reclamadas por el almirante para la Corona española.

Se atribuye su descubrimiento a marinos portugueses en tránsito hacia sus posesiones en Brasil. Aunque no pasa de ser una suposición, se cree también que los ficus de raíces aéreas como largas barbas que dominaban el paisaje les inspiraron el nombre de *os barbados*. Parece que no hicieron gran cosa aparte de soltar algunos cerdos (práctica habitual en los viajes pioneros de ultramar) para asegurarse el suministro de carne si acaso volvían. Según ciertas crónicas, la isla llegó a tener en épocas previas una población original de unos diez mil indios taíno-arahua-cos. Eran comunidades originarias del delta del Orinoco que migraron en dirección norte, acosadas por las tribus caribes rivales. Como fuere, el caso es que los portugueses la encontraron deshabitada, y así siguió hasta que los

ingleses pusieron Barbados y sus gorrinos asilvestrados bajo soberanía británica en 1625. Dos años más tarde fundaron la primera colonia estable. *Sir* Henry Colt, que visitó la isla en 1631, dijo que divisar Barbados en medio del ancho mar era «como encontrar un penique de a seis en el suelo de Newmarket Heath»².

No hay cortinas que resistan el amanecer en el trópico. A eso de las siete de la mañana el sol se cuela hasta la médula del sueño más profundo, y por más que enterré la cabeza entre las almohadas no hubo manera. Se oía el canto de los pájaros. Al fondo del jardín trasero había un grupo de árboles y, en medio, un cocotero interminable. «Esas jirafas del mundo vegetal», decía Robert Louis Stevenson. Unos veinticinco metros o más. Pensé en lo que le podría hacer a alguien el impacto de un coco desprendido desde esa altura.

La casa estaba en silencio. Era muy sencilla, aunque la luz irrumpía a raudales cargando de energía el ambiente. Se suponía que a menos de un minuto estaba Dover Beach. A mí la playa me daba igual. Las casas de huéspedes son la opción más asequible en una isla donde todo resulta caro y aquella parecía estar bien equipada. En la mesita del salón se apilaban revistas y folletos turísticos llenos de consejos «para una estancia paradisíaca». Hojeé uno de ellos mientras tomaba café y de forma sucinta quedé informada de que Barbados (uno de los países más pequeños y poblados del mundo³) «nunca ha reportado el ataque de un tiburón», aunque admitía la presencia en sus aguas de tiburones nodriza «inofensivos para el ser humano».

2 Newmarket Heath. En el condado inglés de Suffolk, se convirtió a lo largo del siglo XVII en la cuna de las carreras hípicas y la cría caballar deportiva.

3 Sus treinta y cuatro kilómetros de largo por veintitrés de ancho, total 432 km², cabrían con gran holgura en la ciudad de Madrid. Con 291 500 habitantes, es uno de los diez países con mayor densidad de población.

Me subo a un autobús. Otro más. Ya he perdido la cuenta. Destino, San Pedro de Macorís, que es pronunciarlo y escuchar a Juan Luis Guerra: «I'd like to live in the streets of San Pedro de Macorís, oh, oh...!». La terminal, por llamar de alguna forma a una aglomeración de vehículos, chóferes, buhoneros, indigentes y viajeros repartidos por calles contiguas en barullo y confusión, está rodeada de porque-ría en una de las zonas más sucias de Santo Domingo, y es mucho decir. Estoy triste y decepcionada por este asunto desde que bajé del ferri. Por donde mire hay basura en el suelo, en los bordillos de las aceras, la calzada, en los parques, en esquinas y charcos, más fuera de las papeleras que dentro. Restos de comida y bolsas esparcidas convocan a perros famélicos y gatos pulgosos, latas vacías y desechos incluso en puntos del soberbio meollo colonial... A veces cruzo de puntillas para esquivar la suciedad, y eso que llego curtida del viaje. ¿Qué hay del servicio urbano de recogida de basuras? ¿Y del decoro y salubridad del espacio público? ¿Qué te han hecho, ciudad primada de las Américas? No te recordaba así.

Aún no hemos arrancado cuando ya han subido a bordo varios vendedores pregonando su mercancía ante un público cautivo. La montaña viene insistente a Mahoma, quieras que no. No, no quiero peines, ni lotería. Tampoco pastelillos. Ni jugos, ni caramelos. ¿Qué será la «canquiña cien por ciento latigosa» que un joven anuncia cantando? (resulta ser una tira gomosa de leche, coco y azúcar de colorines). Otro muchacho con labia de apóstol dice estar en el combate contra gérmenes y bacterias y suciedades transmitidos por cucarachas y otros parásitos. Vende fundas para cepillos de dientes. Menudo repelús.

En la radio suena sin interrupción algo así como *Los 40 Principales del Señor*, un *hit parade* de temas salse-ro-religiosos, loas a Dios y letras de triángulos amorosos en los que el «otro» es el Espíritu Santo. La música a gran volumen es vida para los dominicanos y doy el dolor de cabeza por bien empleado: espero que con tanta melodía cristiana y el Altísimo a bordo se conjuren los peligros de la carretera. Aquí toda ayuda es poca. Tengo mi propio *ranking* de conductores temerarios y asilvestrados de las Américas y cualquiera que sea el criterio, velocidad, adelantamientos a lo loco, semáforos, etcétera, los dominicanos hacen podio.

Como para darme la razón sobre estos temores aquí va un titular del diario *Hoy* publicado poco después de mi llegada: «R. D. registra la tasa más alta en muertes por accidentes de tránsito». Las peores cifras de toda América Latina, según el Informe Global sobre Seguridad Vial 2015 de la OMS: más de veintinueve fallecidos por cada cien mil habitantes. En el extremo virtuoso del recuento, Cuba, con un porcentaje tres veces inferior, aunque como comprobaría pronto el mérito era relativo. Sin autos resulta difícil accidentarse en carretera.

Tenía por delante una hora de trayecto. No era ni media mañana y el mar resplandecía teñido de oro, las palmeras se mecían ondulantes... Prefería concentrarme en el paisaje para no ver los adelantamientos inverosímiles de los conductores locales por cualquier resquicio o sin él. Seguíamos la línea costera por la ruta más transitada del país, que une la capital con la meca internacional del turismo de sol, playa y *resort*, la Romana y más allá Punta Cana y Bávaro. San Pedro dista apenas treinta y cinco kilómetros de la Romana, pero en mis planes no figuraba poner el pie en esos complejos hoteleros donde tu identidad se resume en una pulserita de tal o cual color

según el régimen de alojamiento elegido. Además de potencia turística de la región, la República Dominicana también lo es en el mundo del ron y en los días que tenía por delante pensaba visitar las mayores firmas del país: Barceló, Brugal, Bermúdez, las tres B del ron nacional.

Las instalaciones de Barceló eran las más cercanas¹³³ a la capital y podía ir y volver en el día. Cada vez llevaba peor tanta trashumancia y acarreo de maletas. Había tenido una llegada a Santo Domingo poco satisfactoria en cuanto a alojamiento. Ya iba por el tercer hotel. Del primero me marché porque las habitaciones estaban acristaladas hasta tal punto que creía dormir en un escaparate de cara al público. Del segundo me echaron los mosquitos.

Mi cuarto daba a un patio interior por el que se colaban escuadrillas enteras de mosquitos. De noche, cuando llegaba después de cenar algo en cualquier terraza, empezaba el baile. Ellos intentaban hacerme una transfusión forzada y yo vendía cara mi sangre. A ratos resultaba hasta entretenido. Había liquidado a un buen número de zancudos comunes, con su enervante ñiiiiiiiiiiiiiii, cuando tropecé con un congénere de peor calaña. Me cepillaba los dientes frente al espejo del baño y allí estaba, posado delante de mis ojos. Tenía un buen tamaño, la cabeza y el cuerpo blanquinegros. Se frotaba tranquilamente las patas rayadas, duplicadas por el reflejo en el cristal. Afectada por la psicosis informativa sobre un brote salvaje de dengue en la isla y los primeros casos de zika, fue como ver a Drácula colgado de la ducha. Me daba igual si era un mosquito tigre (*Aedes albopictus*) o su primo *Aedes aegypti*. Ambos podían transmitir los virus que esos días colapsaban los hospitales, así que retrocedí sin volverle la

133 También Brugal destila sus rones en San Pedro, pero embotella y envejece en Puerto Plata, al norte de la isla.

espalda y regresé en dos segundos armada para el exterminio. Recé por que quedara insecticida suficiente. Había gastado tanto en días previos que el gustillo a plomo no se me iba de la boca. El mosquito seguía allí. Consciente de lo ridículo de la escena, me acerqué de puntillas, apunté bien y le descargué el espray hasta la última gota. El bicho no pudo ni alzar el vuelo. Resbaló a cámara lenta por el espejo empañado y cayó al lavabo reducido a la nada. Por un momento valoré llevármelo en una cajita como trofeo.

Entre idas y venidas de un hotel a otro me había reencontrado con la ciudad desquiciada y proteínica de siempre. La mayor urbe del Caribe no es lugar para apocados. En sus calles está la auténtica aventura. Fuera del cogollo de la ciudad vieja, que conserva su cadencia provinciana a pesar del turismo masivo, se despliega una trama urbana amplísima de barrios populares y residenciales, zonas de negocios, sedes oficiales y suburbios que vibran gobernados por el tráfico furioso y dos leyes de hierro: en el principio Dios creó el coche y vio que era bueno, así que se enmendó a sí mismo y puso viandantes en la tierra con el único fin de estorbar la circulación. Y segunda, el peatón no es persona. El Gobierno dominicano habla incluso de «violencia vial», aunque milagrosamente el porcentaje de atropellos resulta bastante moderado frente a otro tipo de accidentes. Se llama adaptación evolutiva. En este país un peatón bien entrenado logra marcas de velocidad dignas de cualquier cita olímpica.

—Estos no saben conducir ni tienen respeto —blasfemó un policía al que había preguntado por una dirección y se empeñó en ayudarme a cruzar como a una doncella en aprietos.

Poco antes había visto a un guardia urbano joven-cito con evidentes problemas para imponer su autoridad

en un cruce complicado. Estaba solo en medio de la intersección, a cuerpo gentil como un torero. Los vehículos le pasaban zumbando a escasos centímetros. Dos ciclomotores amagaron con arrollarlo y varios conductores le mentaron la madre por intentar pararlos. Yo miraba fascinada aquella escena de caza, temiendo por la suerte del agente. Los semáforos en rojo servían de mero adorno. Solo cuando se abrió un hiato de segundos logré cruzar, después de una eternidad. Sí, los dominicanos están como un cencerro al volante. Puede que sea otro rasgo de idiosincrasia nacional, de un carácter poco dado a las medianías. Aquí prima el ardor. Son pasionales en la música y el baile, en la fiebre del béisbol y la política, en el golpeo impetuoso de una ficha de dominó callejero a media tarde, cuando se levanta la fresca tras un día de bochorno.

Las mejoras urbanísticas de los últimos años parecían haberse concentrado en la ciudad nueva. Dos líneas de metro, sedes de multinacionales y un sinnúmero de *malls* comerciales al estilo anglosajón, grandes corredores via-rios de cuatro carriles en cada sentido, torres de condominios... A lo largo de la avenida de México se apreciaba la mutación gradual de un tramo a otro. La zona vieja contigua al núcleo colonial, empobrecida y degradada, las alcantarillas con las fauces abiertas y el cableado eléctrico a metro y medio del suelo, enmarañado como una obra abstracta, daba paso a unas manzanas de transición. Y unos cientos de metros más allá cambiaba de nuevo el paisaje humano. Los edificios ganaban altura, en las fachadas modernas se imponía el cristal. Las entradas se rodeaban de verjas, jardines y garitas con vigilantes uniformados para velar por el sosiego de la alta burguesía dominicana y sus cachorros.



Esto, amigos, es lo que hay de verdad en el fondo de un vaso de ron: jirones de piel, vidas truncadas, drama, avaricia superlativa y lágrimas suficientes para colmar un océano. No existe una sola bebida elaborada por el hombre que haya nacido en medio de tanto sufrimiento. Ninguna, jamás, ha edificado fortunas semejantes ni se ha cobrado un precio tan alto en carne humana. Y eso merece recordarse en cada copa y cada brindis. Como homenaje póstumo.

ARANTZA PRÁDANOS

COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través
de autores y viajeros de hoy.*

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

CO#8 *El tiempo de las mujeres*
Crónicas asiáticas - ÁNGELES ESPINOSA

CO#9 *Chuquiago. Deriva de La Paz*
MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

CO#10 *El ladrón de recuerdos*
Viaje por río a través de Colombia - MICHAEL JACOBS

CO#11 *Heridas del viento*
Crónicas armenias - VIRGINIA MENDOZA

CO#12 *La memoria de la Tierra*
Kimberley o el Far West australiano - RAFAEL MANRIQUE

CO#13 *Una huida imposible*
California y sus escritores - TONI MONTESINOS

CO#14 *El soñador errante*
De viaje con Pierre Loti - ÁLEX FRAILE

CO#15 *La otra Grecia* *Viajes a Salónica, Macedonia
y los Balcanes del sur* - MARTA MONEDERO

CO#16 *La naturaleza del silencio*
Nueve meses entre cien habitantes - SUSO MOURELO

CO#17 *La India en que viví*
ALEXANDRA DAVID-NÉEL

CO#18 *Las Tres Venecias*
Viajes por la Italia mitteleuropea - JORGE CANALS PIÑAS

CO#19 *Bebida para señoritas* *Crónicas caribeñas
cargaadas de ron, ron, ron...* - ARANTZA PRÁDANOS



*«¿Sola? ¿Ha venido sola? ¿Viaja sola?»...
Cuando a nadie le choque, habremos
doblado un cabo hacia un mundo mejor.*

ARANTZA PRÁDANOS

Las Antillas. El Caribe. Una fantasía bañada en aguas turquesas, rayos de sol y ecos de percusión a la sombra de palmeras. El sueño luminoso de las vacaciones perfectas para pálidos occidentales. La fanfarria alegre y hedonista bajo la que palpita una región surcada de cicatrices. El paraíso turístico se ve de otra manera lejos de la tumbona. Mochila al hombro, toca lidiar con transportistas locos, mosquitos del zika y moscones de otro género. Y si todo viaje necesita faro y guía, ¿por qué no el ron? Omnipresente, identitario, destilado con sangre y lágrimas negras, fogueado en los siete mares como bebida de lobos de mar. Caribe español, inglés, francés, holandés, no hay isla que no se proclame patria del mejor ron.

Doblar esquinas del pasado y seguir el rastro de la caña de azúcar, la huella viscosa de la esclavitud por viejas haciendas, plantaciones, destilerías y bares. Perderse en lo inesperado. Esquivar volcanes airados. Por el camino, los restos de gloria y decadencia de un imperio en el que no se ponía el sol se cruzan con *La isla del tesoro* y *Moby Dick*, la cuba mortuoria de Horacio Nelson, y caníbales y piratas en el Nuevo Mundo. El botín merece la pena.